



Dos siglos de tradición republicana: el Congreso Nacional, pilar del cambio de mando presidencial en Chile

Posted on Marzo 10, 2026

Desde 1826, la investidura presidencial se realiza ante el Poder Legislativo. Una ceremonia que ha sobrevivido terremotos, incendios, quiebres democráticos y dos siglos de historia política.

El próximo 11 de marzo, cuando el nuevo Presidente de Chile reciba la banda y la piocha ante el Congreso Pleno en Valparaíso, estará repitiendo un ritual que se remonta a los albores de la República. Más que protocolo, ese acto encarna uno de los principios fundamentales del sistema democrático chileno: es la nación, representada en su Poder Legislativo, quien otorga legitimidad al mando.

En 1826, mientras Chile atravesaba un período de incertidumbre constitucional, el Congreso Nacional adoptó formalmente la figura de la Presidencia de la República, dando paso a una nueva institucionalidad que reemplazó la figura del Director Supremo. Ese mismo año, Manuel Blanco Encalada se convirtió en el primer mandatario bajo este nuevo esquema, y junto con la creación del cargo se estableció el ceremonial

de investidura y el juramento ante el Legislativo.

Desde entonces, el traspaso de mando ha estado íntimamente ligado al Congreso Nacional. La ceremonia no es solo un escenario, sino el fundamento político de la investidura: el Presidente recibe el poder ante los legisladores que encarnan la voluntad popular.

Una élite con raíces parlamentarias

La conexión entre el Ejecutivo y el Legislativo no es solo simbólica. Según cifras de la Biblioteca del Congreso Nacional, cerca del 90% de quienes han ocupado la Presidencia tuvieron trayectoria parlamentaria previa. Solo cuatro mandatarios en más de 200 años de historia llegaron al cargo sin haber ejercido funciones en el Congreso.

Para el historiador Pablo Rubio Apiolaza, de la Biblioteca del Congreso, esta cifra no es una mera coincidencia biográfica: revela la conexión estructural entre ambos poderes del Estado, una manifestación concreta de cómo el sistema político chileno ha tejido sus élites dirigentes.

Fechas, traslados y continuidad republicana

La historia de la ceremonia también es la historia de sus transformaciones. Durante el siglo XIX, el cambio de mando coincidía con el 18 de septiembre, otorgándole un carácter festivo y patriótico. La Constitución de 1925 fijó el 23 de diciembre como fecha de asunción, y entre 1946 y 1970, los presidentes asumían el 3 de noviembre, mientras el Parlamento iniciaba sus funciones cada 21 de mayo, generando una descoordinación entre ambos poderes.

La tradición republicana sufrió su mayor quiebre tras el golpe de Estado de 1973: durante 17 años, el Congreso cerró sus puertas y la investidura presidencial ante el Legislativo quedó suspendida. Fue recién en 1990, con el retorno a la democracia, que la ceremonia volvió a realizarse en el Congreso, esta vez ya radicado en Valparaíso, reafirmando su rol central en la transferencia del poder.

Cuando la fuerza mayor obligó a improvisar

La estabilidad de la ceremonia ha tenido, sin embargo, sus momentos de excepción. En 1895, un feroz incendio destruyó severamente las dependencias del Congreso, lo que obligó a trasladar la investidura de Federico Errázuriz Echaurren, el 18 de septiembre de 1896, a la actual Casa Central de la Universidad de Chile, en la Alameda de Las Delicias.

Diez años más tarde, el terremoto del 16 de agosto de 1906 dejó la sede legislativa inhabilitada, y el traspaso de mando se efectuó en la Sala de Actos del Colegio Sagrados Corazones de la Alameda. Allí,

Pedro Montt recibió los símbolos del poder, aunque no lograría concluir su mandato: falleció en 1910, un mes antes del Centenario de la República.

En ambos casos, pese a los traslados, el principio se mantuvo inalterable: el Presidente debía prestar juramento ante el Congreso reunido en Pleno.

La piocha, la banda y la fuerza del símbolo

La ceremonia del cambio de mando es también un despliegue de símbolos republicanos. La piocha de O'Higgins, atribuida al Padre de la Patria, habría pasado de mano en mano hasta llegar al historiador Benjamín Vicuña Mackenna, quien la entregó al presidente Federico Errázuriz Zañartu, institucionalizándola como objeto central del ritual.

En torno a la joya se han tejido mitos y supersticiones: tanto José Manuel Balmaceda como Arturo Alessandri Palma habrían sufrido la caída de la piocha durante su investidura, alimentando la creencia popular de que tal accidente augura un gobierno difícil. Tras el bombardeo a La Moneda en 1973, la pieza original se extravió; desde 1990 se utiliza una réplica.

La banda presidencial, por su parte, tiene su origen en el gobierno de Joaquín Prieto, en la década de 1830. A diferencia de la piocha, cada mandatario manda a confeccionar la propia, pero es ante el Congreso donde adquiere su carácter oficial, cerrando así el círculo que une la historia republicana con cada nueva transferencia del poder.

El Maipo

Fuente: Biblioteca Congreso Nacional